

caso que el Arbitro decida que no es necesario el plebiscito, ambas partes, a solicitud de cualquiera de ellas, discutirán la situación resultante de tal laudo... y mientras está pendiente el arreglo acerca de la disposición del territorio, «la organización administrativa de las provincias no será cambiada».

Chile habría insistido en «discutir la situación» y la tarea de chilenización habría continuado a pasos acelerados y habría sido perdida toda esperanza de resolver el conflicto sin derramamiento de sangre.

(Envío de A. G.)

Nadie ha visto tan claramente la cuestión del laudo, ni tan cuerdamente pensado qué es lo mejor sobre el criterio de resquemores inevitables. Nadie tampoco le ha dicho a Chile con mayor entereza que Shea en Estados Unidos, todos los manejos atravesados de la aviesa política chilena.—Nota de Alberto Guillén, Av. Arica. 328. Lima.

El pañuelo

NINGÚN objeto de nuestro uso diario, tiene más atracción y desempeña un papel más interesante, que el pañuelo.

Cuando le llevamos en la mano, los ojos de nuestros vecinos están siempre asechándonos para ver qué vamos a hacer con él, y en el instante de abandonar un puerto, nadie se fija en las personas que se congregan en la playa para decirnos adiós, sino en los pañuelos que se agitan en sus manos, hablándonos un lenguaje que todos comprendemos, y que nos llega hasta lo íntimo del alma.

El pañuelo que usamos en el bolsillo del pecho, es talvez el reflejo más elocuente de nuestro modo de ser. Si le llevamos timidamente oculto, revela desconfianza en nosotros mismos; si salido en demasía, petulancia y falta de aplomo; si en forma de picos, a semejanza de una cordillera andina, fatuidad y deseo de llamar la atención.

Un pañuelo arrebatado de unas manos que nos sean queridas, es talvez el mejor y más elocuente de los recuerdos. Como que el ser que lo lleva, deja en él algo de su personalidad y de su vida.

Cuando en la ausencia lo contemplamos, en el acto reconstituimos todo el pasado y creemos tener muy cerca de nosotros a la persona que lo poseía.

Muchos pañuelos se convierten, a fuerza de ser necesarios para evocar un recuerdo, en el complemento de una personalidad.

Sin el pañuelo Pompadour, o rabo de gallo, no podríamos reconstruir la figura tranquila y elocuente de don Miguel Antonio Caro, en los días inolvidables del Parlamento, a raíz de la guerra pasada.

Sin los pañuelos trágicos, la figura de Boló Pachá hubiera sido tan borrosa y desdichada, como la de los Ministros griegos.

Pero Boló Pachá, vestido de rigurosa etiqueta para sentarse en un banquillo, y recomendando al oficial encargado de la ejecución que le entregase a su hermano el Obispo, y a su esposa, el mudo mensaje de sus finos pañuelos teñidos con la sangre que había de brotar de su pecho al golpe de las balas, es algo que le hace a uno reconciliarse con ese farsante que pasó en Colombia por ser un privilegiado, porque traía para nuestro Gobierno cartas autógrafas del Papa.

¿Por qué no se le ocurrió en el momento supremo, escribir unas líneas de protesta, o hacer otra manifestación de cariño a los seres que le preocupaban en la vida?

Boló Pachá, que había trajinado tantas cosas y sabía el

sentido íntimo de todas las sensaciones, no tuvo más mensaje de cariño para ellos, ni más despedida elocuente que esos pañuelos, que al ser hoy desplegados al viento y puestos a la luz, nos dirán más por los huecos que en ellos hicieron las balas, y con sus manchas de sangre, que todos los mensajes escritos, y todas las flores mustias, que al fin y al cabo, jamás están como los pañuelos, tan impregnados de nuestro ser.

Cuando los amigos de Eamon de Valera prestaron ante él solemne juramento de no deponer los armas, uno de ellos que sabía de sobra que su esfuerzo resultaría tan estéril como el de Don Quijote, le dijo al gran irlandés:

—Si por una desgracia inesperada, usted llegara a decretar la sujeción al Gobierno, ¿cómo haríamos para saber que esa noticia fatal era auténtica?

Y de Valera, sacando del bolsillo de pecho un hermoso pañuelo de seda que ostentaba las armas de la República, bordadas por manos purísimas, le respondió:

—Yo os enviaría este pañuelo roto en mil pedazos, para no escribir con mis manos esa orden fatal.

Eamon de Valera acaba de enviarles a sus compañeros el mensaje dolorido en un pañuelo hecho añicos, que les ha debido decir todo su dolor y todo su despecho, ante el inmenso aislamiento en que le dejó el mundo, y ante la dolorosa realidad de que ya no hay idealistas en él.

Al romper su pañuelo, para decirles a los republicanos que todo esfuerzo era ya inútil, y que había que pensar en la suerte de Irlanda primero que todo, de Valera debió sentir lo que se siente, cuando en ciertos casos inolvidables en la vida, el médico pone al padre a decidir entre la muerte del primogénito largamente esperado, y la vida de la madre que ha de salvarse si éste sucumbe.

Y cuando Cristo Nuestro Señor ascendía con la cruz a cuestas hacia el Monte Calvario, inundado el rostro de sangre y lleno de lodo, ¿no fue el pañuelo de la Verónica el único digno de recibir para toda la eternidad la imagen verdadera de su santísimo rostro?

El pañuelo es el confidente de nuestras alegrías, y el depositario de nuestras penas, transformadas en llanto. Cuando el hombre se hace más digno de la admiración de los dioses, decían los griegos, es cuando brotan de sus ojos las lágrimas, y es el pañuelo el llamado a recibirlas, y es sobre sus pliegues ligeros donde se vierten en silencio, para no dejarlas profanar por nadie.

••

En mi vida, hay dos pañuelos que pudieran ser como dos faces dichosas y doloridas de ella. El primero vino a mis manos en un día inolvidable, y fué mi compañero y mi consuelo en los días de cautiverio en la cárcel de Cartagena de Indias.

Cuanto este pañuelo me dijo, solamente lo puede saber quien se haya sentido en ese doloroso aislamiento que le hace creer al hombre en un más allá donde no hay odios ni rencores.

Habíamos caído prisioneros, y se nos conducía a Cartagena en un buque especial.

Cuando atracamos en Magangué, una infinidad de gentes se agolpó a mirarnos. Entre ellas ví una mujer vestida de negro, y en plena belleza, que me saludó cariñosamente con su pañuelo. Un momento después nos reconocíamos como amigos de mejores días, y nos decíamos todos nuestros pesares por la ausencia, a la vez que interrogábamos al Destino acerca de las vicisitudes que nos esperaban.

Mi amiga no pudo articular una sola frase al ver lo dolorida de mi situación, y las lágrimas se encargaron de traducirme la pena que ella experimentaba.

Al pitar el buque para seguir su marcha hacia Calamar,